

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

La función paterna y el juego: dos operadores del psicoanálisis con niños.

Cala, Gustavo.

Cita:

Cala, Gustavo (2020). *La función paterna y el juego: dos operadores del psicoanálisis con niños*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/418>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/n9w>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA FUNCIÓN PATERNA Y EL JUEGO: DOS OPERADORES DEL PSICOANÁLISIS CON NIÑOS

Cala, Gustavo

Hospital Infanto Juvenil Dra. Carolina Tobar García¹. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En este trabajo se abordan los conceptos de función paterna y juego como dos ejes nodales del psicoanálisis con niños. Expresan la dualidad de una clínica dividida entre entrevistas con padres y sesiones de juego. La función paterna es entendida como operación significante que inscribe al sujeto en la ley y el deseo. A la vez que regula el deseo, deja como falla un núcleo de goce imposible de ser encadenado en la dialéctica del deseo del Otro. Allí estará la base del síntoma y de la transferencia. El juego, fundante de la infancia, es el espejo donde el niño se reconoce a través del Otro. Inscrito en la relación del niño y el Otro, separa un espacio subjetivante, colocando una barrera protectora ante la demanda de goce parental. La falla en el juego y la ruptura de su barrera está en la base de la formación del síntoma en la infancia, que podrá ponerse en transferencia si hace un agujero en el discurso parental. Función paterna y juego son fundantes de la subjetividad en la infancia y de allí se desprenden muchos de los avatares de la clínica con niños y sus variantes en la dirección de la cura.

Palabras clave

Función paterna - Juego - Transferencia - Goce

ABSTRACT

PARENTAL FUNCTION AND PLAY: TWO OPERATORS OF PSYCHOANALYSIS WITH CHILDREN

In this work the concepts of paternal function and play are approached as two nodal axes of psychoanalysis with children. They express the duality of a clinic divided between interviews with parents and play sessions. The paternal function is understood as a significant operation that inscribes the subject in law and desire. At the same time that it regulates desire, it leaves behind a nucleus of jouissance impossible to be chained in the dialectic of the Other's desire. There will be the basis of the symptom and the transfer. The game, founding of childhood, is the mirror where the child recognizes himself through the Other. Inscribed in the relationship of the child and the Other, it separates a subjective space, placing a protective barrier against the demand for parental enjoyment. The failure in the game and the breakdown of its barrier is at the base of the formation of the symptom in childhood, which can be transferred if it makes a hole in the parental speech. Parental function and play are foundations of subjectivity in childhood and many of the vicissitudes

of the clinic with children and their variants in the direction of the cure follow from this.

Keywords

Paternal function - Play - Transfer - Jouissance

En el presente escrito abordaremos los conceptos de función paterna y de juego como ejes articuladores de la clínica psicoanalítica con niños. De su definición y comprensión se desprenden distintas variantes para la dirección de la cura. Es por eso que apuntaremos a abreviar en su especificidad estableciendo sus relaciones con otros conceptos nodales del psicoanálisis. En el caso de la función paterna examinaremos sus conexiones con el deseo y el goce. En el del juego, ubicándolo en la relación entre el niño y el Otro, daremos cuenta de su estatuto como un espejo, para luego precisar algunos vínculos con el goce y el síntoma. Asimismo, tomaremos nota de cómo, la función paterna, de un lado, y el juego, del otro, se enlazan con la transferencia, en tanto obstáculo y motor de la tarea analítica. Al final introduciremos una viñeta clínica para puntualizar algunas de las definiciones planteadas.

Acerca de la función paterna

La pregunta sobre el padre, en su insistencia, aparece como un enigma irresuelto en la obra de Freud. En *La disolución del Complejo de Edipo* (1924) da cuenta del padre como un engranaje fundamental en dicha operatoria. Allí es que a partir de la intervención del padre el Edipo se va al fundamento, es decir, a su propia imposibilidad que, como veremos después con Lacan, se presentará como prohibición. En ese texto, el padre es quien introduce la castración y aparece como portador de la ley. Es a partir de la identificación con el padre, como consecuencia de la disolución del complejo de Edipo, que será introyectado como autoridad, abriendo paso a la formación del superyó. Silvestre (1987) toma este recorrido señalando que la cuestión del padre, que vira en Freud a través de la teoría de la seducción, de la fantasía y del mito de la horda primitiva, cobra más eficacia si se entiende al padre como un significante y se lo entiende desde el deseo del Otro. A estos dos aspectos nos atenderemos a continuación.

Lacan (1958) refiere a la función del padre como propia del orden simbólico, como una necesidad de la cadena significante. Es así que vincula su función a la enunciación de la ley, la misma

ley que regula el orden simbólico -la ley de interdicción del incesto. Es en este marco que Lacan define al padre, y su función, como la de un significante (Nombre-del-Padre) que sustituye a otro significante (el deseo materno), esto es, una metáfora. Esta definición supone distinguir la operación paterna del padre concreto, o sea, diferenciar al psicoanálisis del ambientalismo. Definiendo al padre como significante se retoma la idea, abordada por Freud mediante el mito, de que el padre es el padre muerto, ya que el significante, por principio, es la muerte de la cosa. Es esta operación la que corre al niño del capricho y lo inscribe en la ley, pasando de la posición de súbdito a la de sujeto.

Por su parte, la operación del padre, es fundante del sujeto en tanto deseante. El desvalimiento inicial del *infans* lo liga al deseo de los padres y las vicisitudes de este deseo darán cuenta de los avatares en la constitución subjetiva. De acuerdo a Alba Flesler (2007), el deseo de los padres es el vehículo de la transmisión del deseo entre las generaciones y, por ende, de la introducción del sujeto en la economía deseante, regulada por la castración. Si la función materna se caracteriza por la anticipación, dejando al niño en la bivalencia de ser o no ser el falo, la función paterna será la de la nominación.

El padre actúa no sólo como nombrante, dando un nombre al hijo, sino también como nombrado en tanto padre. Es así que el lugar del sujeto se define en torno a un nombre. Este nombre, a la vez que introduce al niño en la filiación, y con ello en la prohibición del incesto que la rige, da rienda a un deseo no anónimo. El padre así dona su castración como deseante. Lo hace, simultáneamente, mediante una restricción de goce en la relación madre-hijo y deseando a la madre como mujer, como no-toda madre. Es en esta nominación que lo imposible, el goce-todo, se configura como prohibido. Pero también que se constituye una falta que habilita el deseo.

Al haber definido al padre como significante y como nombre, entenderemos, como lo señala Dor, que “*no es necesario que haya un hombre para que haya un padre*” (1989, p.16 -el destacado es del autor-). La operación del padre va más allá, entonces, del padre concreto, y se juega en tanto un tercero, que medie en el deseo de la madre y el hijo, inscriba al sujeto en la ley y en la falta. Esta terceridad, que consiste en sustituir el significante del deseo de la madre por el significante del Nombre-del-Padre, tiene la estructura de una metáfora. En lo sucesivo nos concentraremos en lo que surge como resultado de esta metáfora, es decir, su significado.

La función paterna y el deseo, o el significante fálico

El resultado de la operación de la metáfora paterna es el falo, en particular, el falo como significante. Se da entonces como consecuencia del punto de amarre de la cadena significante que supone la intervención del padre en su legalidad. Como vimos previamente, el padre inscribe al sujeto en la ley y en el deseo. Como lo señala Silvestre (1987), de lo que se trata aquí es de un deseo ajustado a la ley fálica. El falo surge así como regu-

lador del deseo sexual y de las relaciones entre los sexos. Al establecer una razón al goce, y una restricción de goce, el padre contrarresta la angustia que suscita su presencia. Por esa vía es que la operación paterna, dividiendo al goce a partir de la ley, apunta a una homeostasis del deseo, instalando una falta que permite su movimiento entre los significantes.

A través de la función paterna se trata entonces de la instalación del deseo basado en la castración. Es lo que, leyendo a Freud con Lacan, aparece como elemento fundamental de la problemática edípica. Es por eso que el falo, como resultado de la metáfora paterna y como regulador del deseo sexual, es el significante de la castración. El significante fálico somete, en el campo del lenguaje, al deseo a la castración. Es por eso que el significante fálico pueda ser registrado como el significante de la falta en el Otro, *S(?)*. Es frente a esa referencia que el sujeto negociará su identidad sexual. Al definir al padre como significante se entiende que la castración sólo aparece como una afrenta a la virilidad en su plano imaginario. En el plano simbólico, la castración sostiene al sujeto en la dialéctica del deseo del Otro.

El significante fálico, en suma, como significante de la relación entre los sexos y como significante de la castración, anuda al sujeto en la ley del deseo del Otro. La relación entre los sexos se inscribe entonces en la falta. Este sostén está en la base de la operación paterna. Y también todos sus avatares, que estarán surcados por el lugar que se destine al significante de la falta en el Otro, esto es, al resultado de la metáfora paterna.

El goce y el más allá del padre

Como vimos, la función paterna inscribe al significante fálico como regulador de las relaciones entre los sexos. Pero esta misma operación, al abordar un imposible, la no-relación sexual que se anida en el cruce del significante con el cuerpo, deja un resto de goce que está más allá de la ley. Es decir, la misma operación paterna, supone un goce que está más allá del falo, una falta de la falta. Por eso que la angustia actúa como frontera, señalando el límite de la ley paterna y el Otro del goce. Este resto de goce es la contracara del deseo ajustado a la ley fálica. Este cruce, esta antinomia, y las múltiples posibilidades en que pueda tener lugar, es la base del síntoma y, por ende, de la intervención analítica.

Lacan señala que de lo que se trata en torno al padre es “que el niño asuma el falo como significante” (1957, p. 202). Como vimos, esta asunción inscribe los intercambios sexuales en el linaje y el orden simbólico. Vimos también que, al efectuar una prohibición, se realiza una pérdida de goce, que Lacan designará como -f, impuesta al ser hablante como consecuencia de su amarre al orden simbólico. El padre regula el goce pero encuentra su falla. Como este amarre simbólico, que constituye la prohibición como castración y como falla en gozar, aborda un imposible, el goce-todo y el carácter parcial de la pulsión, deja un resto irreductible que mostrará que aquí el agente de la

castración es el padre en tanto real.

En este marco, Silvestre (1987, p. 76) señala que “El superyó no es en absoluto el regulador del deseo. Es incluso, a la inversa, el dispositivo de sometimiento del sujeto al imperativo de goce: no es en absoluto la “introyección” de la Ley, sino al contrario es la aspiración, por este imperativo, del sujeto reducido a su *fading*”. Es así que se trata de indagar ese goce parcial, no-todo, más allá de la ley fálica. Como enseña Lacan, es cuestión de “saber qué es ese *se queda allí contentado*” (1964, p. 173). Este indagación no es sin ir más allá de las ilusiones del padre y tomando el rodeo sobre el objeto a.

Silvestre mostrará cómo el mito del padre primitivo, el *Urvater* de Freud, es una forma de dar cuenta del agujero del significante que Lacan concentra en el objeto a. La roca base del análisis no es entonces un atentado a la virilidad, sino el resto de goce que no puede ser encadenado en la dialéctica del deseo y sacrificado al Otro. La dirección de la cura no pasará entonces por el forzamiento del padre, por querer ajustar el goce a la ley fálica, sino por el abordaje de este no-todo. En definitiva, actuar sobre lo real y sobre la pulsión, y esto es lo específico del psicoanálisis, requiere ir más allá del padre, aunque no sin él.

La transferencia en el niño como ruptura en la producción de saber

Es sabido que la transferencia es un elemento indispensable de la práctica psicoanalítica. Por eso abordaremos brevemente como, en el marco que hemos delineado, se caracteriza en torno a la función paterna.

Al abandonar la teoría de la seducción, Freud (1916) muestra que la realidad psíquica, basada en la fantasía, es lo decisivo en la neurosis. No se trata entonces del campo de la vivencia sino de la verdad. Alba Flesler (2007) muestra cómo el padre, y la elisión de la metáfora paterna, habilita la suposición de saber restando a la creencia, esto es, la creencia de ser el falo de la madre. La suposición es inherente a lo que el *parlêtre* pierde del ser por su cruce con la palabra, es decir, que se supone un saber allí donde hay un no-todo. Esto es lo que efectúa la función paterna marcando el camino para el encuentro con la verdad. Es en la búsqueda de saber, constituida como serie significativa, que se enlazarán el significante de la transferencia. La transferencia se relaciona con el padre en la medida en que es tanto la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, regida por el significante fálico, como que supone un saber, y por ende la caída de la creencia.

En este marco, Porge (1990) da cuenta de la especificidad de la transferencia en el análisis con niños, para lo cual toma el concepto de transferencia a la *cantonade*. Distingue a la neurosis infantil de la neurosis en el niño mostrando cómo, en esta última, no se sustituye una neurosis ordinaria por una de transferencia, sino más bien se produce una neurosis como respuesta a una neurosis de transferencia no resuelta. Esto es, se produce una fisura en la transferencia con los padres, hay una quiebra

en la transmisión y suposición de saber que está implicada en la función paterna, y con ello un llamado a una terceridad. Este desfallecimiento del padre es la base de la transferencia en el psicoanálisis con niños y, como vimos antes, la práctica analítica debe ir más allá del padre, pero no puede prescindir de tomar su operatoria.

Hasta aquí hemos visto cómo el padre, y su más allá, es un concepto nodal en el psicoanálisis y, específicamente, en el psicoanálisis con niños. La identificación de la operación paterna y sus avatares es una clave para la dirección de la cura y para identificar las coordenadas del deseo, el goce y la transferencia.

Sobre el estatuto del juego

El niño y el Otro. El juego como espejo

Es frecuente pensar al juego como un elemento intrínseco de la niñez. Si bien partiremos de este principio, vale precisar que para el psicoanálisis el juego no es, sin embargo, propio del niño *en sí*, sino que éste se constituye como tal a partir de la relación que establece con el Otro. La niñez, y el juego que la caracteriza, surgen entonces de la ligazón del niño al deseo del Otro. En esta relación el niño está colocado en posición de objeto, del deseo y el goce parental, pero también es en ella, y a través del juego, donde puede separarse un espacio subjetivante. De este modo gran parte de la dialéctica entre el niño y el Otro transcurre a través del juego, lo que lo hace un concepto privilegiado para el abordaje de la infancia.

La relación que el juego establece entre el niño y el Otro puede precisarse comprendiendo al juego como un espejo (Fukelman, 1996). Así entendido el juego es el espejo donde el niño se realiza y se reconoce como tal. El juego es performativo, es un acto que hace niños. Pero si el niño se reconoce en tanto juega, es el Otro quien reconoce al juego, sancionando a qué se juega y a qué no. El Otro delimita entonces un campo de juego, el marco en que el niño va a reconocerse. Es a través de este marco, donde se dan las relaciones del niño con el Otro, y sus espacios respectivos, por eso que el juego tiene un papel articulador.

Una articulación propia del juego es la que establece entre el linaje y la mirada. El linaje aporta al juego un sostén, en tanto otorga un lugar en el orden simbólico, una ubicación que está dada en la filiación. Desde ese lugar en el orden simbólico es que se puede jugar, en tanto dicho universo está ordenado a partir de una falta que habilita condensaciones y desplazamientos. También el linaje introduce la diferencia entre las generaciones, delimitando espacios. Es ahí que el juego establece una protección, recortando la mirada del Otro y estableciendo un campo de subjetivación.

El juego como barrera protectora frente al goce parental

Delimitaremos el estatuto del juego en su aspecto subjetivante, que parte de recortar la mirada del Otro. El “*de jugando*” de la situación de juego suspende los efectos de verdad y coloca una

barrera entre lo que sucede en el juego y lo que produce efectos más allá de él. Pero la escena de juego es sólo posible si la verdad queda fuera de juego. El velo del juego lo es respecto de la verdad del goce parental, y de esta manera protege de los objetos de las pulsiones parentales (Fukelman, 1996). Entre estos objetos está la mirada que despoja de la intimidad y así protege al niño frente a la castración, frente a la posibilidad de quedar reducido a un mero objeto del goce del Otro.

El juego conforma entonces un espacio de reserva simbólica frente al goce del Otro. Pero en la medida que no estamos del todo en los símbolos, dado el real que los atraviesa, es que el juego permite la creación de distintas máscaras y personajes intercambiables. De ese modo el juego se conforma como un vehículo en la construcción de la subjetividad en la infancia sentando las bases de lo íntimo. En tanto el juego, reconocido como tal, coloca una barrera frente a lo real de la sexualidad, se establece como una respuesta a la castración, esto es, al hecho de que no hay un saber que pueda dar cuenta de la sexualidad, no hay ubicación sexual (Fukelman, 1996).

El juego puede comprenderse, en este marco, como un fantasma inofensivo. Y supone asimismo una determinada relación con el cuerpo. Cuando no responde el símbolo, responde el cuerpo. Si el juego se fractura, hay un desgarramiento subjetivo. Si hay una intrusión de un goce excesivo en el cuerpo, el juego se afecta. Y si el juego es bloqueado en su reconocimiento, se sobrecarga el cuerpo. Estas relaciones entre el cuerpo y el juego son las distintas manifestaciones de todas las vicisitudes que éste entraña en tanto supone el lazo del niño y el Otro. En lo sucesivo nos abocaremos a abordar estos desarreglos dando cuenta de los nexos entre el síntoma y el juego.

El síntoma y el juego

En lo precedente caracterizamos al juego como un espejo, que tiene como marco al linaje y que protege de los objetos de goce parentales. Siguiendo esta concepción es que podemos definir al síntoma como una falla en jugar. Esta falla se produce en los intersticios del juego. Se dice que cuando los padres no ponen su palabra, los niños ponen el cuerpo. Dicho de otra forma, cuando los padres no sostienen el lugar del no juego, el sostén generacional del juego se ve afectado sintomáticamente. Desde otro lugar, llegamos al síntoma cuando la mirada irrumpe en escena, cuando el goce parental captura al niño y rompe la barrera protectora del juego.

De esta manera el síntoma muestra la falla en el linaje, es indicativo de una falta en el Otro. Como vimos antes, esta falla es constitutiva, y el síntoma responde a ella de modo singular. Pero como el niño está en posición de objeto respecto del Otro que lo sostiene, el síntoma sólo se constituye como tal cuando hace un agujero en el discurso parental (Fukelman, 1993). El síntoma refiere a aquello que, en el niño, no puede ser reconocido en el juego, y el discurso parental no puede dar cuenta. Asimismo, se responde con un síntoma cuando no se puede metaforizar una

demanda parental y se fija un núcleo de goce.

La entrada del niño en análisis no se da por su síntoma, sino cuando éste da paso a un síntoma en el discurso parental. Allí aparecen los “juegos” que molestan, lo que es incomprendido o inesperado, aquello que los niños “le hacen” a sus padres. En definitiva, el síntoma ingresa a análisis cuando conecta con lo reprimido parental. Cuando este quiebre llama a un tercero es que se habilita la intervención del analista. Y si antes señalamos al síntoma como una falla en jugar, ahora vale precisar, que así como esta falla es irreductible, la oposición entre síntoma y juego es parcial, y por eso el síntoma puede ponerse en transferencia, y por ende, ponerse en juego.

El juego en transferencia

“El tratamiento de los chicos, en sentido acotado, tiene una direccionalidad inversa a lo que es un análisis. Si nosotros esperamos de un análisis que a través del trabajo, sea el trabajo éste de juego, sobre la neurosis de transferencia, permita una relación distinta con el síntoma y con el fantasma que sostiene el síntoma y al analista como síntoma. En el tratamiento de un chico, a mi entender, de lo que se trata es la reconstrucción de un espacio de juego que lo proteja de un encuentro con la sexualidad, con las diferencias sexuales y para decirlo así, con las dificultades de la sexualidad que será con las que se abocará si quiere postpuberalmente” (Fukelman, 1993, p. 8).

Esta direccionalidad del análisis con niños no es, como lo desarrolla Beisim (1994), sin el juego de transferencia. El dispositivo analítico, en tanto interviene sobre los Otros del niño para acotar el goce que lo retiene, y sobre su juego para rehabilitar la protección sobre la demanda parental, suscita el juego de transferencia. Esto es, la puesta en juego de la problemática infantil transferida al análisis, mediante la instalación de personajes y roles en el juego que se subjetivan y metaforizan distintos espacios de circulación del niño. Es esta operatoria la que busca elaborar lo reprimido parental, para despejarlo del cuerpo y restablecer el espacio propio de la niñez, el “*de jugando*”.

La eficacia analítica del juego de transferencia requiere un posicionamiento del analista. Si la transferencia es con el juego, y por ende, no con la persona del analista sino con el personaje que le toca al analista y al niño en esa escena, la significación debe ser dirigida a esa escena misma y no al más allá del marco del espejo. La posición del analista supone una abstinencia sobre el hecho de establecer una significación de tipo representativa y sostener la ley del juego, que justamente es la que está afectada (Beisim, 1994). Es en la medida en que los objetos entren en juego que se puede perder y así vaciar una parte del cuerpo, parcializando el objeto.

Si antes vimos a la transferencia en el análisis de niños como consecuencia de la ruptura en la transmisión y producción de saber, es decir, como producto de un quiebre en el discurso parental, ahora la observamos en su aspecto elaborativo, en el juego de transferencia que rehabilita un espacio de protección

respecto del goce parental que se había caído. Se trata, en definitiva, de los dos aspectos de la transferencia ya analizados por Freud, como obstáculo y como motor.

Articulaciones clínicas

Para acercarnos a una conclusión tomaremos un fragmento clínico, que denominaremos Z. Se trata de una consulta sobre una niña de 5 años que se inicia por su abuela y continúa a través de su madre. La consulta se fundamenta en que Z se hace pis. Pero en un sentido circunscripto. No se hace pis en el colegio, ni por la noche, sino durante las tardes, que es el tiempo que comparte con la madre. El padre de Z está preso desde hace dos años y la respuesta de toda la familia a la pregunta recurrente de la niña sobre la ausencia de su papá en la vida cotidiana es que “está trabajando”. Bajo ese guión es que la niña va a visitar a la cárcel a su papá con determinada periodicidad.

En las primeras entrevistas la madre desliza que el “hacerse pis” puede ser algo dirigido a ella, pero no puede dar cuenta por qué. Ante la pregunta de por qué Z no sabe que su padre está en la cárcel, responde primero con algunos miedos -como qué dirán en el jardín, o qué reacción puede tener la niña- para después plantear que no sabe cómo decírselo bajo la posición de “no puedo”. Como vimos previamente, el síntoma, en este caso el “hacerse pis”, se introduce en análisis cuando produce un agujero en el discurso parental, el no saber por qué “se lo hace”, y produce un síntoma en los padres, aquí el no saber cómo decirle la verdad sobre su padre.

El síntoma del hacerse pis luego cederá durante el análisis, primero de forma transitoria y luego de forma estable, bajo la intervención en los dos polos que hacen al espejo del juego. En primer lugar, el síntoma cede luego del restablecimiento del espacio de juego. Allí Z construye un juego cuyos elementos son la casa y la familia. Transcurre en la escena una vida familiar cotidiana en la que, de forma súbita, algún extranjero captura a un miembro de la familia, produciendo preocupación. Cuando el capturado es el padre de la familia se advierte una agitación corporal especial. Las distintas resoluciones de este juego llevarán a que, pudiendo simbolizar aquello que en el discurso parental aparece obturado, Z no se haga más pis por un tiempo. Sin embargo, luego de que la madre relaje la asistencia al tratamiento y de que Z vuelva a ver a su padre, el síntoma se reinstala. Allí, ante la imposibilidad de la madre de decirle dónde está realmente su papá, se formula una sesión especial. En ella, junto a la madre se comunica a Z dónde está su papá y tras esa sesión comienza otro juego diferente y deja de hacerse pis de forma duradera. De esa forma, al poner la madre su palabra, se desaloja el goce retenido en el cuerpo. Bajo esa condición, que incluye al Otro, es que puede sostenerse el espacio de juego.

Tras esta comunicación la escena de juego da un viraje y pasa a consistir en una serie de reclamos a su madre, donde es la misma Z quien la personifica de manera despótica y pone al analista en lugar de hijo (hacer activo lo pasivo). En suma, al

rehabilitarse un saber parental, producto de ubicar al padre en el espacio simbólico, el juego puede mudar a Otra escena donde Z desaloja una demanda en la que estaba capturada, esto es, la de la niña “inocente” que no puede saber sobre el verdadero padre de su padre, y pasa a conformar un espacio subjetivante. La ley y el juego van de la mano.

Palabras finales

El desarrollo bifásico de la exposición que hemos vertido aquí expresa de algún modo el carácter dual del psicoanálisis con niños, que se divide entre las entrevistas con padres y las sesiones de juego con niños. Si de un lado se interviene sobre los Otros del niño para acotar el goce que lo retiene mediante la supervisión de las funciones parentales, del otro se lo hace sobre el juego del niño para restablecer la protección sobre la demanda de goce del Otro parental. Es sobre la base de esta consideración que función paterna y juego resultan dos operadores fundamentales para la clínica psicoanalítica con niños.

NOTA

¹“Curso de Posgrado en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes” del Hospital Infante Juvenil Dra. Carolina Tobar García, cohorte 2019/2020. Buenos Aires, Argentina.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beisim, M. (1994). Juegos de transferencia. La personificación y el equívoco en el análisis de niños, en *Redes de la Letra N° 7, La Ley: Violencia y Filiación*. Buenos Aires: Ediciones Legere.
- Dor, J (1989). *El padre y su función en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Flesler, A. (2007) Capítulo 7, en *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1916). Conferencia 23, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). La disolución del Complejo de Edipo, en *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fukelman, J. (1993). Transferencia y juego, en *Resonancias de una transmisión*. Buenos Aires: Ediciones del Dock.
- Fukelman, J. (1996). *Ponerse en juego*. Buenos Aires: Lumen.
- Lacan, J. (1957). Clase 12, en *El seminario de Jacques Lacan: libro 4*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958). Clases 9 y 10, en *El seminario de Jacques Lacan: libro 5*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964). Clase 13, en *El Seminario de Jacques Lacan: libro 11*. Buenos Aires: Paidós.
- Porge, E. (1990) La transferencia a la cantonade. en *Revista Litoral Nro. 10. Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*. Buenos Aires: La torre abolida.
- Silvestre, M. (1987). El padre, su función en el Psicoanálisis, en *Mañana el Psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial.